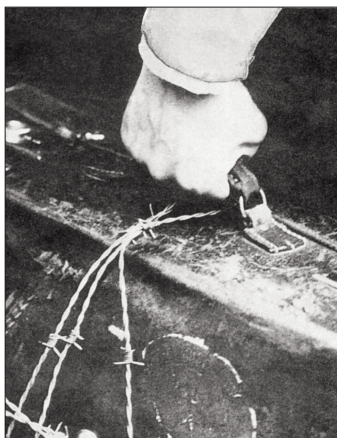


# Riomundo



Jon Maia Soria

# RIOMUNDO

Traducción a cargo de  
JON MAIA SORIA



TÍTULO ORIGINAL:

*Riomundo*

Txalaparta, Tafalla, 2005

TRADUCCIÓN:

Jon Maia Soria

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA

Octubre de 2009

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta

© DEL TEXTO: Jon Maia Soria

© DE LA TRADUCCIÓN: Jon Maia Soria

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.

Navaz y Vides 1-2

Apartado 78

31300 Tafalla NAFARROA

Tfno. 948 703 934

Fax 948 704 072

txalaparta@txalaparta.com

[www.txalaparta.com](http://www.txalaparta.com)

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA  
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN

Nabarrera.com

IMPRESIÓN

RGM

Igeltzera poligonoa, 1bis, A1 pab.  
48610 Urduliz-Bizkaia

ISBN

978-84-8136-556-6

DEPÓSITO LEGAL

Bl.2.802-09

txalaparta



*Al abuelo Pedro Senén Ismael,  
a la abuela María Luisa Valderrama,  
a mi familia, y en especial a mi tío  
Inocencio Soria.  
A Juan Paredes, Txiki, a Ángel Otaegi,  
y a cuantos vinieron de fuera  
y han sabido amar a este pueblo.*

## 1<sup>a</sup> PARTE

LLEGARON A CABALLO. A caballo y al trote. Nos encontrábamos a la entrada del pueblo, prendiéndole fuego a un montón de basura con objeto de cortar la carretera. Decir «¡venga, dejarlo<sup>1</sup> todo y vámonos!» y salir corriendo fue todo uno. Fuimos hacia la salida del pueblo. El ruido de cascos se oía muy cerca. «¡Los perros, soltad a los perros!», oímos luego, y entonces, sin siquiera volver la vista atrás, sentimos que nos venían encima. Tras saltar una alambrada y atravesar el prado a todo correr, nos adentramos en el pinar. Detrás, ladridos de perros y ruidos de cascos se hacían cada vez más claros. También los de la policía: «por allí, al pinar, ¡han entrado al pinar!». Sin mirar hacia atrás, seguimos corriendo a través del pinar en dirección a la chabola de mi padre.

---

1.- La ortografía correcta sería dejadlo y no dejarlo; pero estimo que debe respetarse la pronunciación original, y en este sentido no me cabe duda de que el protagonista debió emplear esa palabra, como muchos de nosotros en el habla coloquial, utilizando incorrectamente el infinitivo del verbo en lugar de su forma en imperativo. Este uso se ha mantenido a lo largo de la obra (N. del T.).

Hacía tiempo que llevaba la llave encima, por si acaso. Una vez dentro, sin respirar, nos tumbamos entre jaulas de conejos y pollos tan atemorizados como silenciosos. Encima de mí se hallaba la de los conejos. Había dos. Uno de ellos estaba durmiendo apaciblemente, sin la angustia de pensar que la policía podría entrar de repente y retorcerle el pescuezo una vez fuera; el otro, en cambio, me miraba asombrado por la rejilla. Las pupilas de sus dos redondos ojos negros parecían sendas lunas rojas. Cada vez se oía más cercano el alboroto de la policía, que venía por la carretera subiendo precisamente por las estrechas escaleras que daban a nuestra chabola. «¡Suelta los perros otra vez, suéltalos! Han venido aquí». Policías y perros aguardaban fuera. «El hijoputa de Jesucristo vive aquí, en este barrio, pero a casa no ha llegado». Me llamaban Jesucristo más por estar en todas partes que por mi melena y larga barba. Mientras respiraba por la nariz, le pedía al mismo tiempo ayuda al conejo. El olor de aquellos animalitos nos protegía del experto olfato de los sabuesos. Conteniendo la respiración, miré a otros dos que se habían acurrucado bajo el gallinero. Sabíamos de sobra lo que nos esperaba si esos que estaban fuera nos enganchaban, y esto acojona. Seguían fuera; se oía cada uno de sus pasos, pero no hablaban. Cuando uno se esconde, todo silencio se vuelve sospechoso. El silencio siempre suele preceder al ruido, al golpe, al grito... Una gilipollas de gallina cacareó entonces. Creímos que iban a entrar en cualquier momento. Y así fue. Echando la puerta abajo, nos agarraron a todos: gallinas, conejos y nosotros mismos.

Al poco de ello, no oiría más que mi respiración. Mi jadeo y el suyo, el sofoco y la rabia del lobo. Estaba solo, nadie podría ayudarme. Ignoro cuánto tiempo llevaba debatiéndome, pero en el cuerpo sentía como si hubieran sido días, semanas, meses, tal vez años.

Me pareció oír a lo lejos la voz de mi padre: «¿está ahí mi hijo...?, quiero saber si mi hijo está ahí..., de donde vengo me dijeron que allí no estaba..., mañana vuelvo...». Sentí que su voz se alejaba nuevamente. Y otra vez me metieron la cabeza en el agua. Empujándolo a mi cuerpo poco a poco, la vorágine que la turbulenta catarata producía al golpear aquellas aguas verde esmeralda me fue arrastrando hasta un profundo pozo. Cogiendo fuerzas, apenas pude soltar un débil y casi inaudible «papá, estoy aquí...».

—Papá.

—¡Mecagüendiós! ¿¡No vais a callaros!? ¡Que empieza Radio Pirenaica...!

No se pillaba bien, daba la impresión de que el locutor hablaba en medio de una tormenta. Padre decía que eran interferencias de los franquistas.

—*Trabajadores de los pueblos de España, la clase obrera continúa su lucha contra el franquismo; pronto, con la huelga general política, el franquismo caerá derrotado, porque es así que las inmensas masas populares adquieren conciencia política y se lanzan a la lucha revolucionaria. ¡Trabajadores del mundo, uníos! Arriba parias de la tierra...*

—¡Baja esa radio, que en el barrio hay mucho franquista! —gritó madre—. ¡Nos van a oír hasta en el cuartel!

—¡Cállate, nena, que ya empieza! ¡Todos de pie y con el puño en alto, que es *La Internacional!* ¡A ver si os la aprendéis de una vez...!

Nos levantamos todos, como padre decía. A mi hermana Marisita le colgaba de la boca un trozo de chorizo.

—¡Pero que son unos críos, Pedro!

—¡Seguro que si fuera el rosario no se lo enseñarías...!

—Para rosario el que pasé en la cárcel, Paca.

—¿Y no aprendiste bastante en ella? ¡Qué hijos te van a salir...!

También nos cantó el himno del batallón de telegrafistas, y nosotros, desfilando en torno a la mesa del salón, nos poníamos a sus órdenes.

—¿Mamá y tú os casasteis con esa música?

—No, hijo, pero podría haberlo sido. Nosotros nos casamos con *La Internacional* y encima la tocó un trompetista soviético, ¿qué te parece? ¡A ver cuántos hay en este pueblo que hayan tenido una boda de esa categoría...!

Cuando concluía *La Internacional*, el día se había acabado. No quería irme a la cama, no...; el lobo me asustaba, la oscuridad me daba miedo, me sentía perdido...; no, no, no quería acostarme...

—¡Venga, niños, todos a la cama que mañana es día de escuela!

—¡No, todavía no! —siempre me costó irme a la cama -.  
¡Papá, cuéntenos lo de *Muchachitos de la torre*...!

—¿En serio que queréis que os cuente algo? ¿El cuento del pan con pimientos, que nunca se acaba y se lleva el viento?

Con toda su sordera, tía Paca no le quitaba ojo a padre, esperando volver a escuchar aquella historia que había oído ya mil y una veces. Sentado en la butaca, con el cuerpo echado hacia adelante, padre crecía, se hinchaba, se le cambiaban los ojos, asombro, miedo... Mudando el tono de su voz y proyectando sobre nosotros, al levantarlas, la sombra de sus grandes zarpas, se alejaba y acercaba sucesivamente.

—¡Muchachitos de la torre! ¡Muchachitos de la torreeee! ¿Habéis visto un hombre muy viejito con un hacecito de leña? —preguntaba en voz baja, con las manos a ambos lados de la boca, como quien habla desde lejos.

Y nosotros:

—¡Nooooo!

Pero aquella sombra humana seguía preguntando, perdida en el bosque.

—¿Dónde está mi asadura? ¿Alguien ha visto mi asadura?

Y desde la torre le respondíamos a aquel cuitado:

—Nosotros no la tenemos, señor, nosotros no.

Pero el alma perdida volvía a preguntarnos:

—¿Dónde está mi asadura que me habéis quitado de mi sepultura?

Después subíamos al último aposento de la torre y escondíamos allí las entrañas del anciano, todas sus vísceras, los intestinos, el hígado, el corazón... Chichas por aquí, chichas por allá... y oíamos entonces alejarse al desorientado viejo, sin intestinos, destripado, gimiendo en medio de la bruma del bosque, aullando frente a la luna.

—...asaduras duras, duras, asaduras duras, duras, que me habéis robado de mi sepultura...

El atronador estrépito de la cascada volvió a atraparme, era ensordecedor. Veía mi cabeza saliendo de las aguas y volviendo a sumergirse en ellas, como si me separara de mi cuerpo. Como un pez debatiéndose contra el anzuelo al salir del agua, así trataba también yo de llenar de aire mis pulmones, alargando el cuello con todas mis fuerzas para cuando me hundiese de nuevo. Me sentía como aquel desgraciado del *Gernika* del salón de mi hermana: atrapado para siempre, con el cuello y los brazos extendidos hacia arriba, con los ojos atemorizados en un vano intento por huir del horror y condenado a la angustia de ese cuadro, a la desesperación eterna. Agarrándome del cuello, la bestia no me soltaba; me encontraba totalmente a su merced. Un cazador asesino, certero y nacido para matar, no habría encontrado

mejor sitio para aprender a odiar. Me pareció oír la voz de mi madre a lo lejos. Pero muy muy lejos, en la infancia.

El lobo era más fuerte que yo, no conseguía hacerle frente. Me tenía por el cuello y me empujó hacia abajo para ahogarme, allí, sin que nadie se enterase, en aquel pozo oscuro. Empecé a pensar que me moría. Creí escuchar el murmullo lejano de varias mujeres que conversaban. Debía ser dentro del bosque, porque ahí no había visto a nadie y nadie podía saber dónde me encontraba. Al pie de la muralla solo estábamos el lobo y yo. El eco de aquellas voces se me hacía familiar, como si lo conociera de siempre, el de allegados, vecinos, familiares, era mi voz interior. Voces de mujer. Traté de buscarlas con los ojos, con las manos, estirando el cuello, pero acabé de nuevo con la cabeza bajo el agua.

No quería darme por vencido, pero las fuerzas me abandonaban. No tenía nada al alcance para defenderme, ni una simple piedra, y sentía que los pulmones se me llenaban de agua. No sentía el dolor; ni el frío, ni el calor, ni miedo. Me vi yendo de la mano de mi padre, todos los hermanos y hermanas juntos, al arroyo que había detrás del barrio, aquel riachuelo verde esmeralda vecinal con pequeños saltos de agua y truchas, el sol, la merienda...

Padre y yo íbamos conversando mientras caminábamos por el sendero que discurría por encima de la carretera general. Hablábamos de pajaritos, cacerías, estilos de aquí y allá, costumbres... ni una sola palabra sobre trabajo, ni del taller. No estábamos entre hierros, estábamos ahí, en el caminito del monte.

—Mira cómo se hace, Tito. Allá no lo hacemos así, esto lo he aprendido aquí. Cogemos esta ramita de ese arbolito y le ponemos palos delgados con liga. Los metemos en estos tubitos y luego colocamos el señuelo un

poco apartado del arbolito, hasta que el pajarito empiece a cantar. Ya verás qué pronto se acercan...

—¿Estás seguro de que así vendrán, papá?

—Ñaco, hazle caso a tu padre, que estoy segurísimo. Mira, ya ha empezado a cantar... Allí llega un grupo, mira, mira...

Efectivamente, ahí andaba dando vueltas un grupo de jilgueros, volando alrededor del prado, dirigiéndose hacia el reclamo. ¿Qué cantarí­a aquel pájaro para atraer a los demás...?

—¡Mira cuántos hay!

—¡Ñaco, que te he dicho que no te muevas hasta que se peguen en los palitos!

Los pajaritos, sin poder levantar las patas, se quedaban pegados a las ramas, piando entre vanos esfuerzos por liberarse.

—¡Papá, el arbolito está ya lleno de pájaros! ¡Vamos a por ellos! —y al hacer amago de levantarme, padre me pegó una palmada detrás de la cabeza.

—¿A dónde vas tan rápido? ¿No ves que todavía hay sitio para más, o qué?

Y tan pronto como lo dijo, se levantó y se dirigió hasta donde estaba el palito ligado. Cogimos un montón de pajaritos.

Sentí dentro de mí un miedo como nunca había sentido, insoportable. No podía huir, ni pedir ayuda, era un pajarito amarrado a aquellas cadenas, pegado, frente al lobo. Empecé a preguntarme si saldría vivo de allí; todos y cada uno de mis miembros me preguntaban: «¿saldremos vivos?». El lobo me mordía por todo el cuerpo, con odio, y a su alrededor, en el torrente, mezclada con sus verdes aguas, veía mi sangre derramada. Creo que perdí el conocimiento y oí de nuevo la voz de mi padre, nítidamente esta vez, llamando a mi hermana. Como si me encontrara a las dulces puertas de la muerte, el sabor de

mi sangre me bajó por la nariz hasta la boca, embriagándome.

La casa, nuestra casa de Txiberri, estaba a rebosar. Toda la familia celebrábamos la primera comunión de mi hermana. Ahí estaban mis primos Antonio, Valverde y Venido, y tía Martina, tío Pedro, tía Paca... Era la hora del café y todos se encontraban de fiesta. También había algunos vecinos y el tocadiscos no paraba de girar, igual que Altagracia, quien iba y venía con sus tortas entre copas, puros y gente. Aquella mujer, una cocinera del pueblo de mi madre, había venido desde Extremadura para visitar a la familia.

—¿Pero qué pasa? —dijo padre sin quitarse el Farias de la boca, y primero el primo y luego todos hicieron un guiño para que hablase nuestra madre.

—¡Ya os callaréis! —gritó madre y todos nos callamos al instante—. ¡Pedro, quita ahora mismo ese disco, que ya es hora...!

La radio. La sintonía de las dedicatorias musicales de Radio Segura. Madre y dos tías mías pidieron una canción para Marisita de parte de toda la familia.

—... *Y a Marisa Sierra Valderrama, de Villarreal de Urrechua, en su primera comunión, con mucho amor y cariño de parte de toda su familia, y para que pase un día muy feliz, Mi primera comunión, de Juanito Valderrama.*

Entre vivas y aplausos, mis primos y todos nosotros fuimos a darle un beso a Marisita, quien no cabía de gozo. Padre subió el volumen de la radio a tope y todos bailamos aquella canción y muchas otras, muchas otras.

El lobo me agarró con sus dientes, arrastrándome hasta el borde del pozo. Al menos, es allí donde desperté: echado encima de una fría piedra. Me puse de rodillas como pude y me acerqué al agua, para verme. Sentí que no podía abrir un ojo y que un líquido inmundado

pegaba mis pestañas. Miré al agua medio a ciegas. Estaba totalmente desfigurado, tenía la cabeza hinchada y ensangrentada, y los suaves movimientos del agua deshacían todavía más mi cara. Dejé que mi cuerpo cayera otra vez contra aquella piedra, hacia atrás.

—¡Clemente Sierra! —oí. Abrí los ojos y vi al lobo, sentado en la piedra. Era un lobo negro. No sé qué quería hacerme. Aguanté su mirada con un solo ojo. Me pareció que la bestia se reía.

—¡Clemente Sierra! —aquella voz—. ¡He dicho Clemente Sierra! —otra vez.

Me desperté en una especie de celda. Solamente disponía de una manta, pues en aquel cuarto desnudo no había más que una piedra. Me arrojé con la manta: estaba repleta de la bilis de cuantos como yo habían pasado por ella. Olía a terror, a mazmorra, a vómito. Sería el de un comunista o el de algún patriota. Tenía ganas de orinar y me levanté hasta la puerta para pedir permiso. Nadie me contestaba. Acercándome a la rendija que había en la parte superior de aquel portalón metálico, pedí de nuevo:

—¿Hay alguien ahí? ¿Puedo ir al váter?

No había nadie.

—¡Mea ahí, mea ahí!

Una voz venía, creo, del calabazo contigo.

—¿Cómo?

—¡Que mees ahí, en una esquina!

Y así meé: en una esquina lo más alejada posible del saliente de la cama. Cuando en aquel ángulo de la pared observé que orinaba sangre, me preocupé.

No sé cuánto tiempo estuve en aquel calabozo, sentado, acurrucado. Tenía la camisa manchada de sangre que me había manado de la nariz. Si mi padre pudiera recogerme y llevarme en brazos hasta la cama de casa... Allí, madre me cogería entre sollozos y me mimaría

junto a la cama, noche y día, hasta que me curase... Pero no era posible.

Unas horas más tarde me dijeron que recogiera mis cosas. «Mis cosas» eran el reloj, los cordones de los zapatos, tabaco, llaves y alguna que otra moneda. Con la cabeza agachada hasta el suelo, me llevaron entre dos a una celda superior. Me decía para mis adentros «otra vez no, otra vez no». La celda era blanca. Los esbirros se quedaron dentro, junto a la puerta. Un tipo con bata blanca y guantes de goma que estaba frente a mí me dijo que me sentara.

—Tómate esto.

Era una pastilla roja. Le dije que no, que no la quería.

Uno de los esbirros, el que estaba fumando, se me acercó por detrás y me susurró:

—¡Tómatala, o empezamos a jugar de nuevo! ¿Está claro?

No, otra vez no. Agarré la pastilla y me la tragué con un poco de agua. Sentí un hilillo húmedo bajándome por la garganta y abriéndose camino hasta mis entrañas, como la última gota de un manantial que se seca y cae al vacío.

El de la bata blanca me dio una pomada en la cara y en la espalda, y cuando acabé me llevaron al calabozo de baldosas blancas. Había allí un lavabo, un váter y un espejito. Tras quitarme las esposas, me dijeron que me lavase y preparase, que parecía un cerdo. Al verme la cara, una lágrima me corrió por la mejilla, quemándome la piel.

En el exterior del Gobierno Civil me esperaban padre y Laureano.

—¡Tito! ¡¿Pero qué te han hecho?!

La respuesta saltaba a la vista.

—Qué, ¿qué tal ambiente tenemos para las fiestas del pueblo? —pensé que iba a perdérmelas.

Volvimos al pueblo en taxi. Me quedé un par de días en casa de mi hermana.

—¿Y qué te preguntaban? —mi hermana, mientras tía Paca me aplicaba un ungüento para la hinchazón de la cara. Tenía el cuerpo amoratado, el rostro desfigurado, todo dolorido, pero a pesar de todo estaba contento.

En la televisión estaban dando *Tarzán*, aquel de Weissmüller. Parece ser que este tipo, embriagado por la fama, acabó imitando a los monos y gritando como ellos. ¿Cómo habría reaccionado Johnny Weissmüller si le hubieran hecho la bañera? ¿Los mataría a todos, como hacía con los cocodrilos, o se moriría sin más a falta de poder afrontar la realidad? Pensé que yo también me estaba volviendo loco.

—¿Qué te preguntaban, pues?

—Por nombres de gente del Partido Comunista: dónde se reúnen, quién lleva todo esto, eso y aquello... lo de siempre. Me envolvieron con una manta y la sujetaron con varias cuerdas.

El rinoceronte. Animal salvaje. Desde luego, cuando Weissmüller le clavó y volvió a clavar el cuchillo, no fue nada verosímil. El tipo salió de la pelea sin despeinarse.

—¿Pero no habías dejado el partido? Laureano me ha contado que has empezado con ellos en el sindicato, ¿cómo es ese?, LAB o algo así.

—Sí, pero creen que todavía ando en el PCE.

—¡Si sabrás tú mismo dónde estás ahora...!

—¿Yo? Sí, en la calle. En la calle, como siempre, dando y recibiendo hostias. ¿No he andado siempre así? Pues ahora también.

—Ya sabes que anteayer mataron al sargento que te detuvo, justo la noche esa...

—Sí, me he enterado después. A cuenta de lo del sargento, han empezado a llegar detenidos de Donostia. Estoy convencido de que me han soltado por eso, por-

que creen que lo mío es otra cosa. He hablado con uno de ellos en el calabozo, y me ha dicho que meara allí mismo.

—Hoy también tenemos manifestación. Irá Laureano.

—Entonces yo también.

—Tenía *gau-eskola*, pero hoy no acudirá.

—Tranquila, que ya practicaré en la calle. Ahí es donde yo he aprendido, poco a poco: *askatasuna, txakurrada, batzordea, detenitua askatu...*

—Tito, quédate en casa, que no estás para bobadas. Madre me ha dicho que luego vendrá a verte, así que, por favor, quédate aquí.

—Dile a madre que estoy bien, que solo me han dado cuatro sopapos en la cara para espabílarame, y que esté tranquila. ¿Tú vienes a la manifestación?

—Hoy no, que tengo que estar con el crío.

—Bueno, pues vendré por la noche. Normal que al final se volviese loco...

—¿Volverse loco? ¿De quién hablas?

—De Weissmüller.

No estaba tranquilo; en esta ocasión se habían confundido, pero sabía que muy pronto los tendría encima otra vez. Me temía lo peor, ya que últimamente me cruzaba con más de un tipo con gafas verdes oscuras, que sé que pertenecían a la Guardia Civil. Me habían avisado que anduviera al loro para ver si todo iba bien, y pensé en visitar a mi madre al día siguiente por la mañana temprano.

—¿Qué tal, mamá? ¿Cómo va todo? ¿Algo raro en el barrio? —le pregunté de modo que lo entendiese. Madre y yo casi nunca hablábamos de política, y cuando lo hacíamos era indirectamente.

—Aquí no ha venido nadie, no entiendo por qué duermes fuera —me dijo. Ignoro si era consciente del

riesgo o si, por lo que había pasado durante su vida, acaso estimaba que lo mío no era más que un juego.

—Ya sabes, mamá, nunca te puedes fiar de esos fascistas... —le respondí, buscando su complicidad.

—Quítate esa ropa sucia y desayuna algo... —dijo—. Consuelo, abre el portal, que han tocado el timbre.

—¿Pero quién puede ser a estas horas? ¿El cartero? ¡Venga, Tito, métete rápidamente debajo de la cama!

Después de que me hube escondido, acudió a abrir la puerta.

—Buenos días, señorita, ¿su hermano Clemente está en casa? —un guardia civil de paisano, echando una mirada hacia el interior.

—No, no está, creo que hoy tenía cita con el médico, ¿verdad, mamá?

—Sí, hoy tenía que ir al médico.

—Pues tiene su coche aparcado ahí abajo, qué raro, ¿verdad? —el guardia civil, insistiendo.

—Se ha ido a donde un curandero, a Zamora creo, y se ha llevado el coche de un amigo —Consuelo, esta vez.

—¿Quieren una copita de anís? —madre, contraatacando.

—No, señora, cuando estamos de servicio no bebemos. Cuando venga Tito —le llamáis Tito, ¿verdad?—, le decís que pase por comisaría, que tenemos que hacerle algunas preguntas, ¿de acuerdo? —terminó, y dándose media vuelta se fueron escaleras abajo.

Aguardé unos segundos antes de salir de mi escondite, pero no más, pues no podía quedarme allí por mucho tiempo.

Sin haber pasado un minuto, ya estaban de nuevo pegando a la puerta, pero en esta ocasión con más fuerza.

—¡Abra la puerta ahora mismo, tenemos orden de registro!

Temiendo que se la echaran abajo, mi madre abrió la puerta enseguida.

—¡Y tú llama a algún vecino para que haga de testigo! —dijo el guardia civil. Ahora había vuelto con otros cuatro detrás.

—¡Pero si ya han visto que aquí no hay nada...! —mi madre, nuevamente.

—¡Empieza por el cuarto de Jesucristo y saca todo a las escaleras! —ordenó.

—¡Pues entonces déjenlo luego todo como estaba, por favor! —le dijo mi hermana, haciendo teatro.

—¡Usted cálese, si no quiere que la llevemos a usted también!

—¡Tengan cuidado con las cosas, por favor, que van a romperlo todo! —madre, a su lado, viendo el odio y la brutalidad con la que actuaban.

Dejaron todo patas arriba, aunque no encontraron nada: ni a mí, ni nada.

—Me llevo este disco. ¿Quién escucha en esta casa Pepe Pinto, pues?

Uno de los guardias civiles había registrado en el viejo baúl: Porriña de Badajoz, Cantaora Universal, Rafael Farina, Juanito Valderrama, Paquera de Jerez.

—Esos discos son del padre, no se los pueden llevar.

Oí todo ese alboroto desde la casa de Elvira, y me preocupaba sobre todo el que a mi madre y a mi hermana les pudiera pasar algo. El siguiente paso consistía en salir de allí. Recuerdo que hacía una mañana soberbia, todos los montes estaban nevados. Charlando de esto y de lo otro con Elvira, esperé hasta que volvió su hija.

—Charo, ¿ya me ayudarías a largarme? Tengo a la policía detrás —le dije. Era una amiga de la infancia y no estaba metida en política.

—¿Pensabas que no valgo o qué? —me respondió—. ¿Pero cómo vas a hacer? Los tienes junto a tu coche...

Me fui hacia arriba, de nuevo a nuestra casa.

—Consuelo, mira con disimulo a ver si puedo salir de aquí... y tú, mamá, por favor, prepara mi mochila con ropa y mete también algo para comer... que me tengo que ir cuanto antes de aquí.

—Están en el otro portal —Consuelo—, junto a tu coche, pero si sales con cuidado para la chabola no te verán.

—Aquí tienes la mochila, hijo... ¡no me das más que disgustos!

—Ya tendrás noticias mías, mamá, no te preocupes. Hasta pronto —y les besé a las dos. No era el momento de llorar.

Me eché la mochila a la espalda, y me vestí con el anorak de una chica del barrio y, haciéndonos pasar por novios, agarrados por la cintura, nos dirigimos hacia el monte, hacia la chabola. Me ayudó durante una media hora y una vez alejado de casa ella se volvió a la suya. Le di un beso y le aseguré que pronto nos volveríamos a ver.

Cuando iba hacia el monte, miré hacia atrás: el barrio se veía ya lejos, cada vez más lejos. Seguí adelante, sabía adónde iba. Anduve sin parar y con la nieve hasta las rodillas durante mucho tiempo. En una de estas, al pasar junto a un caserío, escuché una voz.

—¡Mal día has elegido para andar por el monte! —me dijo una mujer.

—¡Cuando no se puede otra cosa, qué le vas a hacer! —le respondí, sonriendo, con la tensión un tanto relajada a causa de la marcha.

—¿Has desayunado?

—No, no, tengo prisa.

—Espera —dijo y se metió en casa. Volvió con un pan—. ¡Ándate con ojo, que el camino es malo!

—Muchas gracias, ya volveré algún día, adiós.

No sé qué pinta me vería aquella casera para haberme salido con un pan, pero recuerdo que me pareció el más rico que jamás haya comido. Seguí monte arriba, todo el día, casi sin pararme. A veces cruzaba arroyos que bajaban crecidos, y traté de ir por los bosques, a través de los muchos pinares que había en el camino, bajo su protección. Al caer la noche, me paré en la primera cabaña que pillé. Parecía un redil para el ganado, para las vacas o algo así. Tenía toda la ropa mojada, y tras quitármela hice una fogata. Me puse junto a ella y empecé a sacarle punta a un palo que tenía entre las manos. Me acordé de mi padre, sentí su olor pasando delante de mí, una suave brisa, como un recuerdo. En ese momento oí algo fuera de la cabaña. El lejano ruido de un arroyo o el de la hojarasca movida por el viento. Tal vez estaba nevando, no sé. Agarré el palo y abrí sigilosamente la puerta. El bosque se hallaba completamente a oscuras. Eché a correr, cada vez más rápido, cegado por la nevada, aquella pero siempre adelante, entre árboles, sin parar hasta que se terminó el bosque. Allí, frente a mi propio ser, un muro imponente se alzaba hasta el cielo, más arriba de los árboles del bosque, y por encima de estos, a través de un boquete, una inmensa catarata caía sobre un ancho pozo verde. Desde que salía del muro hasta que llegaba al pozo, el agua golpeaba tres, cuatro, varias veces en los salientes de la roca. Estaba contemplándola cuando sentí algo. Era el mismo ruido que había oído en la cabaña. Al principio no me atreví a mirar, pero al volver a escuchar aquel bramido supe de qué se trataba. Me volví poco a poco, y en la oscuridad pude observar dos ojos rojos. La nieve me cegaba, pero aguanté aquella mirada. Durante largo tiempo. Los ojos

se iban aproximando, los tenía cada vez más cerca, pero permanecí en mi sitio, resistiendo al viento como pude, y cuando no hubo entre nosotros más de dos o cuatro pasos vi al lobo negro, con las fauces abiertas y sus ojos clavados en mí. En ese instante dejó de nevar y amainó el viento, el lobo dio media vuelta, y vi que desaparecía en el bosque. «¡Qué quieres de mí, qué!», empecé a gritarle. Yo también me di media vuelta y eché a andar, hacia abajo de la cascada, siguiendo el arroyo hasta la cabaña. Sabía que si aquella bestia había seguido mis pasos desde tan lejos, no tardaría mucho en reaparecer. Me eché junto a la fogata y, entre aquellos vapores que olían a bosque de la camisa de mi padre, me dormí en un santiamén: «pajarito, lito, lito, lito, no te comas las cerezas, que si te pego un tiritito luego no vengas con quejas...».

A la mañana siguiente, vestido ya con ropa limpia, subí al tren. Iba mirando el paisaje por la ventana: los árboles, las casas, los coches, todo se quedaba enseguida atrás y resultaba imposible fijar la vista en nada. Me encontraba como ausente. Igual que la corriente del río lleva al cadáver, así me sentía yo transportado por aquel tren acelerando entre las estaciones. No cantaré que el siguiente destino era la esperanza.

Cuando subí al tren, me sentí crecer; pensé que llevaba toda mi vida amarrada a un hilo y que el tren tiraba de él hasta mi siguiente destino. Imaginé aquel hilo soltándose de la camisa del abuelo que no conocí, con mi padre de la mano, corriendo por el bosque, durante la guerra, en el tren...; aquel hilo enganchado en los caminos andados, aquí en esta pena, después en esa pequeña alegría, allá en una rama, la siguiente en una mano, en las estacas de una alambrada...; aquel largo hilo... Pensé que el de mi vida podría ser cualquiera de esos cables que unen los postes paralelos a las vías y

que, si me volviera atrás, si anduviera toda esa fila de postes en sentido inverso, llegaría al principio de la historia. Como en los cuentos, los hilos me indicaban el camino de vuelta. Esta idea me llenó de gozo, sosegándome. Si alguna vez olvidaba el camino o de dónde vengo, siempre estaría ese hilo ahí, para volver atrás. Para un desterrado, para quien se encuentra en tierra extraña, no puede ocurrir nada peor que olvidar de dónde viene y sentirse perdido. Porque el que olvida de dónde viene nunca tendrá la posibilidad de regresar.

## 2ª PARTE



*Cuando acabó mi condena  
me vi muy solo y perdido.  
Ella se murió de pena  
y yo que la causa he sido  
sé que murió siendo buena.  
La enterraron por la tarde  
a la hija de Juan Simón,  
y era Simón en el pueblo  
el único enterrador.  
Él mismo a su propia hija  
al cementerio llevó,  
él mismo cavó la fosa  
murmurando una oración.  
Y como en una mano llevaba la pala  
y en el hombro el azadón,  
todos le preguntaban:  
¿de dónde vienes, Juan Simón?  
Y él enjuagando sus ojos  
contestaba a media voz:  
soy enterrador y vengo  
de enterrar mi corazón.*



SENTADO EN EL TRONCO DEL UMBRAL, Pedro Sierra le sacaba punta al cayado. Se acordó de padre y le vinieron a la mente las uñas de sus manos, torcidas, grandes, con una costra negra siempre metida hasta dentro. Sí, sus uñas eran como las de padre.

Él en cambio tenía todos sus dedos, mientras que a padre le faltaba el índice de la mano derecha casi desde la raíz. Se le notaba bastante el hueco entre el mayor y el pulgar, y a la luz de la vela, cuando por las noches contaba cómo había perdido su dedo, aquel parecía la sombra de un lobo.

—¿Quieres que te cuente el cuento de Pan y Pimientito, que nunca se acaba y se lo llevó el viento?

»Sucedió un día mientras andaba poniendo trampas. Era en pleno invierno, y tanto el bosque como sus alrededores se encontraban blanquecinos; el pueblo también estaba blanco de una nevada que hundía hasta las rodillas, ¡qué digo hasta las rodillas!, ¡llegaba hasta el cuello! Los dos ríos del pueblo venían crecidos. Y como ahora aún acontece, el de aguas frías formó placas de hielo bajo los árboles de sus orillas y el de aguas templadas

das levantó una cortina de vaho a lo largo y ancho de su caudal. En estas estaciones los animales apenas tienen de qué comer y suelen andar mucho, errantes, hasta encontrar alimentos. Es buena época para la caza. Ese día, buscando un sitio adecuado en el que colocarme, me alejé de aquellos parajes más de lo habitual y, sin darme cuenta, para cuando quise regresar, la nieve ya había borrado mis huellas. No veía nada en medio de semejante nevada. Anduve y anduve, desorientado, hasta que llegué a tierras que jamás habéis pisado. Hasta el lugar, inalcanzable con la vista, en donde acaba el interminable bosque cercano al pueblo y en el que hay algo que ni os podéis imaginar.

»El suelo suele guardar en su interior el agua de nieves y lluvias de la que precisan beber todos los árboles del bosque. Es por ello, para poder chupar esa agua, que las raíces de los árboles llegan al centro de la tierra. Sin embargo, la tierra no podía retener todo ese caudal, y al final se le reventaron las entrañas, justo allí, en medio del bosque de la cordillera de Segura.

Por eso, siempre decía que ese debía ser el fin del mundo.

—El estrago producido por el desbordamiento de las aguas arrasó todo un bosque y perforó una pared imponente. Y yo, aquel día, había llegado hasta sus pies. Hasta el culo del mundo. Desde entonces, esa boca no deja de echar agua. La tierra, cuando se llena con el agua que absorbe en todo el mundo y la que recoge al fundirse las nieves, vomita allí. Por eso, a dicho paraje, al culo del mundo, le llaman *Río Mundo*.

Pedro pensó que, si un día llegaba a tener hijos, también él les contaría aquella historia de padre. Aquella historia misteriosa, la del culo del mundo.

—Una vez alejado de aquellos temibles parajes, y encontrándome en un bosque cerrado, oí el llanto de un

lobezno. Rápidamente saqué el hacha del zurrón, considerando que la madre del cachorro no andaría lejos. El llanto provenía de una cavidad situada entre las peñas de un claro del bosque.

—El pobre tendría hambre —le decía siempre Pedro.

—Sí, hambre debía ser lo que tenía aquel hijoputa —contestaba padre.

—El cachorro salió al acercarme a la cueva. Era negro como el carbón. Mientras nos mirábamos bajo aquella nevada, apareció su madre sobre una peña, desafiante, con sus ojos clavados en mí y mostrándome sus fauces. Al intentar largarme, la loba se me echó encima y empezamos a pelearnos, cada cual tratando de imponerse al otro. Anduvimos ambos rodando y revolcándonos en la nieve, dejando sobre el manto blanco el rojo reguero de la sangre, y nos adentramos pendiente abajo hasta caer a las aguas de Río Mundo. Yo no sé nadar, pero como la loba también necesitaba respirar, salía a la superficie agolpado a su cuello. En una de esas, puse mi mano para protegerme la cara... y ¡zas!, me agarró la mano y me la devoró. Yo, en cambio, ni me enteré que aquella cabrona me había comido el dedo, y seguí peleando con un dedo menos, sin descanso, hasta que de un hachazo le dejé a la loba su cabeza colgando del cuello.

—¿Y qué fue del lobezno?

—Ahí estará todavía, buscándome.

Pedro no recordaba que su padre hubiese tenido profesión alguna. Siempre lo había conocido en el bosque, en el monte, cazando, poniendo trampas. Una vez, a dos tipos que vinieron a pedirle que trabajase para la finca, les contestó que él no trabajaba para nadie. Madre solía decir que eso era para ocultar su holgazanería, pero el padre de Pedro le contestaba que no era el esclavo de nadie y que el monte daba suficiente para todos.

Recio, alto, de flaca pierna, siempre con su vieja camisa abierta hasta el vientre y de mirada sombría, Miguel Sierra parecía un bandolero recién salido del bosque. Era calvo y de tez bronceada por el sol, con unas manos rajadas por pequeñas heridas y con dedos como nabos. Era también de rostro oscuro, cejas pobladas y grandes orejas. El mismísimo Pedro era el retrato viviente de su padre y el único testimonio que de él quedaba. Sus vecinos veían en Pedro Sierra al Miguel de los años mozos y, desde que hubo fallecido, concentraban el recuerdo, vida, existencia y modo de ser de este último en su hijo, quien con el tiempo también acabó fascinado y asumiendo dicho pasado, todas esas características de su padre, cual vino que pasa del viejo odre de piel de cabra a otro nuevo.

Siempre fueron pobres en su casa, pero, como nunca habían sido ricos, tampoco se lo tomaban como si fuera una maldición. Ahora bien, a casi nadie se le habría ocurrido reírse de ello. El viejo Sierra, en cambio, con su pinta le podía tomar el pelo a cualquiera. Tomar... y dar también para el pelo, si hubiera hecho falta.

O darle por la guitarra. El padre de Pedro Sierra poseía una vieja que solía tocar el día de la Virgen del pueblo y en algunas otras festividades. Cantaba cosas de mujeres, la noche en el pajar, el perro hambriento y hasta los cuentos de las abuelas, cantes contemporáneos, canciones de pobre.

—¿Las has hecho tú, padre?

—No lo sé, las conozco desde niño y no me acuerdo...

Por la noche, al volver del bosque o de cuidar las cabras, si estaba de humor solía cantar canciones de cuna con aquel hilito de voz que decía: *pajarito, lito, lito, no te comas las cerezas que, si te pego un tirito, luego no vengas con quejas.*

Fue tal vez al inhalar aquella fragancia fresca que despedía la corteza de la vara mientras la iba cortando cuando Pedro recordó el olor de su padre. Se acordó de ese olor húmedo, de aquel olor que bien podía haber sido el del bosque. Aquel olor profundo que todos los atardeceres traía hasta la cama zurcido en las ropas, pegado a la piel, atrapado por el sudor seco.

Podía rememorar, entre sus más viejos recuerdos, cómo, cuando era niño, al no haber en casa qué llevarse a la boca, lo llevaron a otra del barrio en busca de comida.

—Buenas noches, Rosario, ¿qué tal? Mira, aquí traigo al crío, que tiene las piernas más delgadas que un mimbre y los ojos más salidos que los de un sapo...

—No digas nada, Pedro, sienta al niño en la mesa que mientras haya ya le daremos algo...

—Tranquila, mujer, no hace falta que le des todo; basta con que cada uno de nuestros hijos le dé un poco de su ración...

El padre llevó varias veces a Pedro al bosque. Y cuando iban a la fuente a por agua siempre llevaban los cepos.

—No vamos a hacer el viaje únicamente por agua, ¿verdad?

En aquellos parajes solía haber muchísimas codornices y siempre volvíamos a casa con alguna. Madre se quejaba:

—¿Hoy toca pescado otra vez?

Se pasaba todo el tiempo desplumando.

Con tanto pasarle la navaja, la vara ya no era al final más que punta. A lo lejos, calle abajo, oyó los ladridos de algún perro. La gente echaba la siesta y entonces apenas solía oírse nada en aquellos pueblos.

Subiendo la calle, los ladridos del galgo se hacían más fuertes. Allí estaba el pobre, con la lengua fuera, y

detrás de él toda una cuadrilla de chavales echándole piedras.

—¡Dejad al pobre perro en paz!

Sin levantar la mirada de su vara, Pedro no soportaba lo que acababa de decir. ¡Cuántos perros y gatos no había él mismo apedreado! Con todo pensó que esta vez le tocaba a él pedir que dejaran tranquilo al desgraciado. A la vara de abedul ya no le quedaba más que la punta y no valdría para el monte. La tiró junto a un montón de madera.

Tiempos atrás, Pedro había tenido a los galgos en mejor estima. Eran perros de caza, espabilados y con buen olfato. Levantaban fuerte la liebre y moviéndose raudos por entre los árboles la pillaban al aire en un santiamén.

Sin embargo, la desaparición de trigales y campos olivaderos acarrió asimismo la de liebres y galgos. El bosque fue creciendo y los árboles llegaron a meterse en las zonas urbanas. Había más gatos salvajes que vecinos. Cada vez quedaba menos terreno cultivable, cada vez menos agricultor.

¡Pobres galgos! Ya nadie los necesitaba y en el pueblo apenas quedaban tres o cuatro, viejos y enjutos. Durante el día iban y venían por el pueblo como almas errantes, y luego, por la noche, aullaban frente a la luna. Unos cuantos prefirieron echarse al monte antes que morir de hambre en el pueblo, aunque enseguida acabaron siendo pasto del frío y de los lobos.

Los chavales ni siquiera miraron al joven Pedro. Siguieron corriendo calle arriba tras aquel espectro jadeante al que perseguían. Tan pronto como se alejaron, el silencio invadió de nuevo la calle mayor.

Era un hermoso y soleado día de primavera, y el verde viento del septentrión acercaba hasta el pueblo el bullicio del bosque. Al fondo de la calle, en la plaza, se

oía el agua manando de la fuente, agua de la nieve de las montañas que, habiéndose fundido bajo el sol primaveral, discurría hasta el abrevadero en el muro del caserón. Hacía tiempo que ningún animal se acercaba a beber, y los renacuajos campaban a sus anchas. Los arcos de la tapia se hallaban ya recubiertos de liquen.

La casa de Pedro se encontraba donde las viejas casas, en lo alto del pueblo, por la parte que iba de la plaza al bosque a través de un camino térreo y pedregoso. Con los años, la fila de casas fue prolongándose hacia abajo entre dos arroyos. Y en el lugar que ocupaba el viejo caserón se formó aquella especie de plaza, ahora del Ayuntamiento. El caserón era conocido como Venta de los Bandoleros, ya que estos últimos habían sido otra numerosos en las proximidades.

Por lo que contaban, en algunas ocasiones incluso llegó a haber más ladrones que jornaleros, resineros y demás. Hubo tantos, que también a ellos les llegó la falta de trabajo, pues al final fueron más los que robaban que sus potenciales víctimas.

La calle se componía de casas de adobe pegadas las unas a las otras.

Hermanos y hermanas dormían en la misma habitación: Pedro y sus dos hermanos en una cama, y las dos hermanas en otra. Padre y madre lo hacían en el cuarto más pequeño. Arriba estaba el pajar. También poseían algunas cabras que dormían en la cabaña, que para eso eran animales. Luego, las cosas fueron mejorando, por lo menos en lo que respecta al dormir, ya que un hermano se metió sacristán, otro se largó de casa sin razón aparente y las dos hermanas se casaron con dos todavía más feos que ellas.

En lo brevemente vivido hasta entonces, dos cosas marcaron a Pedro. La primera se la soltó su madre cuando aquel empezó a hablarle mal a su hermana mayor:

—¡A ti te ha amamantado esta!

No respondió en el momento. Se fue hacia la calle como si no hubiera oído nada, como si ni siquiera le hubiese importado, pero anduvo durante varios días sin poderse quitar de la cabeza la imagen de su hermana cogiéndole en brazos y dándole pecho.

—Eso siempre lo llevarás dentro.

La pobre madre, que de algún sitio tenía que sacar leche, la obtuvo de su hija.

En el pueblo había una mujer que se apañaba bien en estos temas, *la Tiradora*. Esta última mamaba la teta de otra mujer hasta que esta soltaba su leche. Y la hermana de Pedro parece que tenía un montón, por lo cual estuvo dando durante meses. Más tarde, llegó a veces a dar también a otras madres del pueblo, cuando se encontraban enfermas o no podían dar el pecho. Siempre le daban algo a cambio, tocíneta, algún saquito de harina, un pollo, cualquier cosa, y madre solía explicar que eso de la leche era un don que había que aprovechar, como cualquier otro don, si no más, puesto que darles a los críos aquello que más necesitaban no era moco de pavo. Por eso, madre lloró cuando la hermana mayor se fue de casa, pues se iban con ella las tetas que nos daban de comer a todos. Pedro también acabó yéndose, y madre se quedó sola.

La segunda cosa que impresionó a Pedro, la que más y mejor prefijó su destino —y el nuestro—, se la dijo su padre.

—¿Sabes, hijo, que el abuelo del padre del tío de la abuela de padre fue bandolero?

A Pedro se le iluminaron los ojos, como en la noche al gato montés.

—¿Y cómo le llamaban?

—El Rachas.

—Nunca oí ese nombre...

—No andaba por aquí —prosiguió—, ¿qué hay que se pueda robar en esta conejera? Solía andar por Yuste, en el camino hacia la ciudad y en los linderos de los bosques. Robaba a cuantos acudían a las fincas: a los señoritos, a sus pizpiretas hijas, a los médicos, a los curas, ya sabes, a toda esa gentuza.

—¿Y él solo se lo hacía todo?

—No, parece ser que andaba con otro. No sé quién era, pero cuentan que siempre estaban juntos.

—Como Don Quijote y Sancho Panza.

—¿Quiénes son esos?

—Eran de aquí, de la Mancha. Pero no me has dicho por qué le llamaban El Rachas...

—¿El Rachas? Pues porque a veces comía y otras no. Porque estaba contento el día que había comido y no otros, como contento estaba cuando robaba y no otras veces... Y así siempre. El Rachas: ¿me entiendes, hijo? Como nosotros, Los Rachas.

Era por ese nombre como en el pueblo conocían a mi familia.

Siendo todavía un niño, Pedro se había convertido en el hombre de la casa. Con cinco o seis años ya sabía hacer trampas y era él quien aportaba pajaritos a casa —y ardillas, alguna nutria o cualquier animal salvaje que cayese en sus manos— desde que padre agarró aquella enfermedad en los pulmones. Se dedicó igualmente al menospreciado oficio de porquero y en ocasiones anduvo de jornalero. Padre le decía que más valía trabajar con cerdos que para ellos, y eso es lo que hizo Pedro. A su pobre padre se le pasaron los últimos años en volandas, pero Pedro cogió su mismo vicio, el de fumar, y, como aquel —fumando aquella hierba negra encima de la cama, todas las noches, metido en sus reflexiones—, puso amarillento todo el techo.